**Los mojones y las lágrimas**

*Eduardo de la Serna*



Debo confesar que, a mi sensibilidad, me cuesta mucho no “sentir” una misma reacción, indignación y militancia en muchos y muchas frente a la violencia de género.

Es verdad que el tema está en el candelero desde las denuncias de algunas, especialmente Thelma por abuso y violación y los más recientes casos de “manadas” que, quizás, necesiten aliento de otros en su impotencia para poder consumar la infamia.

Me indigna ver que algún diario (que en un tiempo fue periodístico) destaque que una nena fue violada por cinco adultos porque “estaba donde no debía estar”.

Me indigna ver casos y más casos de abusos por parte de curas y que en muchos ambientes eclesiales no hierva la rabia (y se lo vea más como una suerte de “moda” o de “pecado”, y “¡todos somos pecadores!”).

Me indigna ver al mediático presidente haciéndose el feminista después, no sólo de haber dicho, que no cree que a una mujer no le digan un piropo aunque venga con grosería, sino que el mismo año que pasó hizo alusión a la gobernadora de Buenos Aires diciendo que “*miren, está bonita y es soltera*” (= ¿presa de caza?). Y dejo de lado nuestra diferencia de gustos para detenerme en – una vez más – la cosificación de la mujer, como lo fue aquella niña a la que sentó a la fuerza en la campaña sobre sus rodillas, o al niño que por la fuerza obligó a estar a su lado para la foto. La imagen de un abusador no puedo quitármela fácilmente de mi mente.

Me indigna un poder judicial – como lo plantea excelentemente hoy Rita Segato (<https://www.pagina12.com.ar/166583-el-de-genero-es-un-crimen-de-exceso-de-poder>) – que no puede no ver a la mujer sino como propiedad.

Recuerdo hace muchos años que fui a celebrar a una capilla en Florencio Varela. El barrio estaba conmocionado porque al vecino de al lado lo habían matado hacia pocas horas: lo llamaron, se asomó, y sin mediar palabra le dispararon. “- *Le habría soplado la mina a otro*” dijo instantáneamente Antonio, con comprensión de la situación. Exactamente eso había pasado. El muerto había estado con una mujer “propiedad de otro” y éste no lo soportó.

Hace otros muchos años recuerdo haber confesado a alguien que me dijo (se dice el pecado, no el pecador) que estuvo a punto de matar a uno porque había violado a su mujer. “- *Es que no hay nada peor que el hecho de que a uno le violen a su mujer. ¿No le parece, padre?*”, me dijo. “- *Si, hay algo peor* – le dije, e hice un silencio para suscitar su atención – *¡ser la mujer violada!*”. Me miró y me dijo “tiene razón, padre; es verdad”.

Insisto: no puedo entender la falta de reacción ante el dolor. ¿Qué es moda?, puede ser; ¿qué hay exageraciones?, puede ser; pero me cuesta. Ante hechos recientes, otro cura me decía “’*Uh*.!” Y listo. Pasemos a otra cosa.

Es verdad que hace muchos años no teníamos la sensibilidad que ahora tenemos; es verdad que hay muchas mujeres que tienen introyectado “el macho”; es verdad que es difícil sentir que debemos cambiar todo: lenguaje, modos, diálogos y hasta chistes. Es verdad. Es desafiante (y nos equivocaremos, y deberemos pedir perdón mil veces). Deberemos aprender a creer. Aprender que “no, ¡es no!” Pero, al menos, tenemos rumbo, tenemos luces, tenemos – incluso – mojones (muchas, muchos forjados en el dolor y la violencia). Es un interesante desafío, y ojalá más y más, muchos, muchas y *muches* se sumen a la marcha.

<http://www.unidiversidad.com.ar/el-indec-midio-la-violencia-de-genero-por-primera-vez-en-5-anos-se-cuadrupilcaron-los-casos>

--
Publicado por Blog de Eduardo en [Blog de Eduardo de la Serna](https://blogeduopp1.blogspot.com/2019/01/los-mojones-y-las-lagrimas.html) el 1/06/2019 10:34:00 a.m.